

ferencia de ellos. César Cui, Balakiref, Borodín y Moussorgsky confiaron más en su intuición, en su estro, que en el acopio de conocimientos, en la técnica que les permitiera dar más perfección a sus obras, y, en cambio, Rimsky, que en sus comienzos se igualaba en este aspecto con ellos, cuando se dió cuenta de que le faltaba este bagaje, se aplicó con tal afán a conseguirlo que llegó a ser un teórico de la música, un técnico completo.

Rimsky pertenecía en su juventud, como oficial, a la Marina de guerra de su país, y fué de los «cinco» el que más pronto la abandonó para dedicarse de lleno a la composición, impulsado por el fuego interno vocacional, y él mismo declara en sus *Memorias* que, al ser nombrado en 1871 profesor de Composición del Conservatorio de San Petersburgo, desconocía por completo, no sólo el contrapunto y la fuga, sino también hasta la nomenclatura de los acordes, indispensable para practicar la armonía. De tal manera ahondó en sus estudios específicos, que llegó a ser un consumado maestro en la técnica que aplicaba, seguro de sí mismo, al desarrollo y perfección de sus ideas, de sus concepciones musicales, permitiéndole, además, figurar como didáctico autorizado, publicando obras como su célebre y siempre consultado *Tratado de Orquestación*.

Nacido en Tischwine el año 1844, falleció en San Petersburgo en 1908. He aquí, pues, que su nombre resplandece con fulgor inusitado durante la segunda mitad del siglo XIX en la Historia de la Música, donde ha dejado una estela brillante, no sólo legándole obras de extraordinario mérito, sino abriendo, en unión de sus compañeros de grupo, caminos nuevos a la estética musical. Su labor es ingente, tanto en cantidad como en calidad, y, a semejanza del gran Listz, con loable desinterés ayudaba a sus compañeros, por quienes sentía admiración,

llegando no sólo a estimularles para que dieran cima a sus producciones, sino también a terminar algunas de ellas, perfeccionando sus formas e instrumentádoles por completo para poderlas dar a conocer, como ocurrió, por ejemplo, con la hermosa ópera *El Príncipe Igor*, que Borodín, al morir, dejó inconclusa.

Para comprender la capacidad extraordinaria de este compositor, bastará recordar el número de sus obras. Sus poemas sinfónicos, conocidos en todo el mundo por ser interpretados por todas las orquestas, aún en la actualidad, son *Sadko*, *Cuento de Hadass*, *Antar*, *Scherzade* y *Capricho español*, página que por su extraordinario dinamismo, por la caracterización de sus ideas, tomadas del folklore hispano, cuyo espíritu asimiló maravillosamente, fué en la que se reveló como sorprendente colorista de la orquesta y en la que empezó a cimentarse su fama. Sus obras escénicas y sus óperas son también muy importantes en número y calidad. *El gallo de oro*, *Sadko*, *El zar Saltán*, *Mlada*, *La noche de Navidad*, *La ciudad invisible de Kiew*, *Mozart* y *Salieri* y otras. Algunos de sus poemas sinfónicos fueron llevados a la escena en forma de *ballets*, y el titulado *Scherzade* alcanzó en esta manera de presentación un éxito inenarrable. El concepto, la visión que de la música tenía Rimsky, fué siempre de una gran objetividad y sin llegar nunca a lo descriptivo en la forma imitativa que hubiera rebajado su arte, es pictórico y plástico en grado sumo. Nos atreveríamos a decir que Rimsky es un magnífico *escenógrafo* musical que *pintaba* ambientes, cuadros, escenas, que al ser escuchadas sugerían, casi materialmente, la plástica con planos, perspectivas, claroscuros y, sobre todo, y por encima de todo, el color, que conseguía maravillosamente gracias al dominio de su paleta orquestal, con la que policromaba sus ideas musicales, casi